

Víctor Menarguez

No sé, sin saber, sin poder

Primer premio del Sexto Concurso Literario Gramma

A Lucrecia, por su paciencia y amor

—Y sí, ahora que tengo tiempo, creo poder ver bien como fueron las cosas. En su momento lo de Silvia fue tan rápido que no sé; mire, estaba como desorientado, no sabía qué hacer y me deje llevar por los médicos. Ellos hablaban y me decían, yo actuaba como si fuera una máquina, sencillamente no pensaba. Usted no me lo va a creer, pero fue así: todo muy rápido.

Cuando Silvia empezó con esas cosas yo creí que... no sé, no sé qué creí, sabe. Apenas puedo explicarlo. Lo que más me sorprendió fue verla así, a gran velocidad y yo ahí, sin saber, sin poder, reaccionando como cuando alguien jala una palanca y hace funcionar una máquina... ¿A usted nunca le pasó? Es algo muy extraño, pero no en el momento si no después, cuando todo ya pasó y uno se pone a pensar... vuelve a pensar, y se pregunta: ¿No sé, sin saber, sin poder, cómo fue? Y no hay memoria que aguante, las imágenes llegan difusas, mezcladas, y uno no sabe cómo ubicarlas; entonces se encuentra con baches, con abismos que no dejan cerrar las secuencias y uno no puede tolerarlo, inevitablemente se las arregla con la imaginación y de a poco se aparta de la realidad, la historia que usted termina contando no es la historia, es un puñado de cosas sueltas y atadas como un paquete de envío.

No sé, sin saber, sin poder y Silvia dicen que anda bien, dicen que empezó a comer, que de a poco mejora. A mí a veces me da miedo preguntar, hay días que no quiero escuchar lo que dicen y aunque insisten me las ingenio para no hacerlo. Cierro los ojos y vuelvo a pensar, tomo las piezas del rompecabezas de Silvia y modifico la historia... a veces, repaso otras que ya hice, pero usted sabe: es muy difícil poder acordarse, la mente humana es un misterio, es como un laberinto sin salida, es tramposo. No se ría, sí, es tramposo. Mire, al principio, los médicos me preguntaron

si Silvia había tenido algún disgusto, no sé, si se había peleado con alguien, conmigo, con sus hijos, y no, yo dije la verdad: nunca nos peleamos, no tuvimos grandes discusiones como para que ella hiciera eso, sólo peleas normales, como las que tiene cualquier pareja, sabe; y sobre los hijos, nada, no tenemos, apenas una sobrina, hija de mi hermana, que nos visita cada tanto; después, nada; entonces, si no hubo nada, cómo fue, y yo dije no sé, sin saber, sin poder, después no me dejaron ver a Silvia por quince días... ¿Se lo imagina? Quince días sin saber. Los médicos apenas me decían, yo iba y venía sin poder. Todos los días le alcanzaba una muda de ropa y me llevaba otra sucia... Nuestro único contacto. ¿Ahora entiende? ¿Cómo no iba hacer lo que hice? Pero no se crea que las cosas después mejoraron, en algún momento caí en la cuenta, empecé a pensar y todo tomó otro ritmo, seguramente tan rápido como antes pero distinto... como si el hecho de pensar cambiara las cosas. ¿Y sabe qué? Las cambió. Las imágenes llegaron, como confusas y mezcladas. Al principio no me dejaban dormir, y aunque Silvia no compartía las sábanas conmigo, era como si lo hiciera, como si estuviera ahí quejándose y llorando mientras me confesaba lo que había hecho. Era tan raro, sabe, tenerla ahí, tan presente, tan viva como siempre, y después no; mirando y no mirando a Silvia porque, de a ratos, la vista me engañaba. De la sábana vacía y estirada, hacía su figura, y se iba, siempre se iba. Pero ojo, que no era como un sueño que se va de a poco, pidiendo permiso, no, era como un sueño, sí, pero como un sueño que sale de cuajo, que es arrancado cuando el despertador suena y uno de un salto queda parado a un costado de la cama... no sé si me entiende, pero así era Silvia, un sueño, era Silvia cuando ella no estaba y estaba a mi lado. Pero las imágenes se multiplicaron, tomaron como vida propia, sabe, se me escaparon y no pude juntarlas. Le juro que se me fue

de las manos. A medida que pasaban las noches esto crecía, y la duda de saber por qué Silvia había hecho lo que hizo me atormentó. Sólo la idea, sólo intentar pensar y recordar aquel momento en que Silvia me despertaba y confesaba con dolor, cuando me decía que eso que hizo no quiso hacerlo pero que lo había hecho sin querer, que algo la había llevado y que ella no, no quería, que no tenía motivos, pero que igual... y no sé, sin saber, sin poder. Todo fue tan rápido; corridas al teléfono, vestirme mientras ella se enredaba con las sábanas y me pedía que no la dejara; la ambulancia y el sonido de sirena que nunca llegaba y los médicos; Silvia en la camilla, los largos corredores del hospital, el frío de los azulejos y una seguidilla de puertas que nadie sabe adónde conducen. Más tarde, los médicos, las preguntas y yo... y yo siempre no sé, sin saber, sin poder.

Me atormentaba. El no saber de Silvia me atormentaba. ¿Sabe usted lo que es tener esas

imágenes ahí, tan presentes, y no poder? Se lo digo en serio, me atormentaba. La incertidumbre que Silvia me hacía sentir era una carga pesada. Los médicos no me decían y no me dejaban verla, no podía preguntarle, no podía darle un sentido a esas secuencias sin formas. Fue por eso que yo terminé haciendo lo que hice. Fue por Silvia, por comprender seguí sus pasos. ¿Entiende por qué le digo que ahora creo tener tiempo para poder ver bien las cosas? Debía seguirla, debía hacer que esas imágenes mezcladas dejaran de ser Silvia, debía adueñármelas y llegar adonde llegó ella. Tenía que hacerlo y lo hice, sin dudas, como Silvia. Entonces, sí, conseguí eso que antes no podía, esos fragmentos de Silvia que me detenían, que me dejaban sin saber, sin poder. Todo lo hice como Silvia, las pastillas, el insecticida y los médicos que me preguntan, como a Silvia, y yo... no sé, sin saber, sin poder.